

COMPLEJIDAD Y PENSAMIENTO SOCIAL

MAYRA ESPINA PRIETO*

*Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS).
Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía e Historia de la
Universidad de La Habana. E-Mail: cauto@ceniai.inf.cu*

Resumen

Aunque la tradición de las ciencias sociales se ha empeñado, y aún hoy se empeña, en tratar el ámbito de lo social como si este se correspondiera invariablemente y debiera corresponderse (en sentido normativo-utópico, del deber ser), con sistemas cerrados y en equilibrio, presididos por determinaciones inteligibles, comprender que su comportamiento se acerca más al de los sistemas abiertos, autoorganizados, que combinan equilibrio y desorden, posibilita construir una visión más flexible de la causalidad social, de la idea de futuro y de las formas de intervención en el cambio, que necesariamente tiene que incorporar el peso del azar, la incertidumbre y la subjetividad, no como factores secundarios y subalternos, sino como elementos que adquieren carácter de determinación en el curso de los acontecimientos y el rumbo de la historia. Esta perspectiva, lejos de significar la total impotencia humana ante la contingencia, significa la potenciación de la capacidad innovadora, de rompimiento de rutinas y de activación de puntos que, desde el presente, pueden adelantarnos hacia futuros deseados.

Las reacciones de la comunidad académica de ciencias sociales, ante la teoría de la complejidad y su introducción en estas disciplinas, ha sido variada y va desde los que consideran que ella abre un camino innovador, que contribuiría a resolver viejas limitaciones del pensamiento social, hasta el escepticismo y la negación más absoluta.

* Doctora en Ciencias Sociológicas. Investigadora del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS). Profesora Titular Adjunta del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. E-Mail: cauto@ceniai.inf.cu

MAYRA ESPINA PRIETO

Este trabajo revisa este espectro de reacciones además de fundamentar el porque de la idea de complejidad en el ámbito de las Ciencias Sociales

Palabras claves: Complejidad; Ciencias Sociales, Equilibrio, Autoorganización, Retroacción

Introducción

En la segunda mitad de los años 90s del siglo que acaba de concluir, se fue haciendo común en las ciencias sociales la presencia de la noción de complejidad y de diferentes conceptos a ella asociados –p.e., autopoiesis, caos, incertidumbre, no linealidad– para referirse a procesos de naturaleza social, presencia que se ha hecho más visible en los inicios del siglo XX.

Las reacciones de la comunidad académica de ciencias sociales, ante la teoría de la complejidad y su introducción en estas disciplinas, ha sido variada y va desde los que consideran que ella abre un camino innovador, que contribuiría a resolver viejas limitaciones del pensamiento social, hasta el escepticismo y la negación más absoluta.

En la primera posición, los ejemplos más conocidos serían Luhman (1982) con su teoría de los sistemas complejos y el uso en ella de la noción de autopoiesis, para explicar lo social como sistema que aprende, se auto genera y autoorganiza, y Edgar Morin (1990, 1996 a y 1996 b), quien ha asumido la complejidad en su sentido de método. Entre los opositores los argumentos más extendidos son los de que esta corriente sólo representa una moda pasajera, el uso de nuevos términos para denominar fenómenos y procesos ya conocidos y adecuadamente conceptualizados por otras matrices teóricas, un intento ilegítimo de extrapolar un modelo construido para otros ámbitos de la vida- como lo fue, en su momento, el uso

COMPLEJIDAD Y PENSAMIENTO SOCIAL

de modelos mecánicos o evolucionistas- que se quiere convertir forzosamente en un nuevo paradigma y que, lejos de esclarecer nuevas realidades, oscurece la comprensión de lo ya conocido, como una especie de impostura o snobismo científico.

Un peligro que se atribuye a la acogida de las nociones de la complejidad en el pensamiento social, es que ellas enmascaran un posicionamiento agnóstico de nuevo tipo, que socava la legitimidad del saber científico, al debilitar las certezas de la posibilidad de alcanzar un conocimiento acabado de un orden sometido a leyes invariables, dado el énfasis que colocan en lo emergente, lo imprevisible, lo autoorganizativo, lo azaroso, lo acausal, cualidades obviamente mucho más difíciles de discernir y de someter a un patrón de comportamiento preestablecido, a leyes con un ámbito de vigencia espacio-temporal suficientemente amplio como para dotarlas de cierta universalidad.

Este texto, necesariamente breve y limitado, quiere involucrarse modestamente en esos debates, partiendo de la idea de que lo que se ha dado en llamar “teoría de la complejidad”, aunque ciertamente está configurada principalmente a partir de hallazgos en las ciencias naturales, exactas y técnicas, tiene claras derivaciones epistemológicas (especialmente en lo que se refiere a la relación sujeto–objeto), con lo que desborda los marcos estrictamente disciplinares para situarse en el espacio multidimensional de la concepción de realidad y del acto de conocerla, de producir saber en general y con ello entronca, con toda coherencia, con las críticas que las propias ciencias sociales han producido, a lo largo de su historia, a posiciones reduccionistas, que intentan concebir y manejar lo social desde su simplificación.

MAYRA ESPINA PRIETO

Antes de pasar a esas reflexiones es necesario hacer dos acotaciones: qué se entenderá aquí por pensamiento social o disciplinas sociales y por complejidad.

Pensamiento social –o más concretamente disciplinas sociales– refiere al conjunto de saberes constituido como áreas científicas particulares y, eventualmente aplicadas, que se configuran como ámbitos autónomos del conocimiento (con objeto y métodos propios) en la segunda mitad del siglo XIX, como son, principalmente, la economía, la sociología, la psicología, la antropología, la historia y las ciencias políticas (Wallerstein 1995), las que, por las condiciones semejantes en que se constituyeron como tales, la cercanía de sus respectivos objetos y por las peculiaridades compartidas de la relación sujeto-objeto que las caracteriza (sujeto-sujeto, para decirlo con mayor precisión) comparten un conjunto de rasgos y posicionamientos generales relativos a las formas de conocer, que permiten tomarlas como un conjunto, haciendo abstracción, para los fines de este análisis, de las particularidades de sus historias respectivas. De tal manera, las reflexiones que siguen, abordarán debates y problemas que son comunes, en mayor o menor grado, al conjunto, ubicándose en un terreno de confluencia epistemológica.

En lo que se refiere a la complejidad, podemos encontrar indistintamente referencias a la teoría de la complejidad, ciencia del caos, perspectiva de la complejidad, pensamiento complejo o de la complejidad, entre otros términos al uso.

Cuando se alude a una *teoría de la complejidad* o, a veces de forma intercambiable o equivalente, a una *ciencia* o *teoría del caos*, generalmente se está agrupando bajo esta denominación un conjunto de hallazgos realizados principalmente dentro de la física, la química, la biología, la matemática, la geometría, la meteorología y la cibernética, que develan un conjunto de rasgos de la existencia no contemplados en las teorías anteriores (Ver: Delgado, 2002;

Hacking, 1995; Ibáñez, 1990; Morin, 1996) que tributan a la teoría de la complejidad, se encuentran las investigaciones sobre no-linealidad, de Lorenz, y la cibernética, con la idea de retroacción y, con ellas la de una causalidad no lineal, donde los efectos no son proporcionales a las causas y se intercambian; los objetos fractales, de Mandelbrote; los atractores extraños, de Reulle; la nueva termodinámica, de Shaw; la autopoiesis de Maturana y Varela; las teorías de la información que describen universos donde se simultanean orden y desorden, de lo que se extrae algo nuevo, la información; la teoría de los sistemas, donde el todo es más que la suma de las partes y donde la organización del todo produce cualidades emergentes, no preexistentes en las partes; la noción de autoorganización, aportada por la teoría de los autómatas autoorganizados, de Von Neuman: las máquinas vivientes, a diferencia de las artificiales, tienen la capacidad de reproducirse y autorregenerarse; el principio de generación de orden a partir de ruido, de Von Foerster; la teoría de Atlan del azar organizador; la teoría de Prigogine de las estructuras disipativas.

Aunque referirse a este vasto y variado conjunto como una teoría es un exceso, puesto que ello significaría que se ha constituido un sistema de principios, rasgos, leyes o patrones comportamentales, un cuerpo de conocimientos integrado y articulado coherentemente, lo que no ha sucedido realmente, es innegable que, tomados como un haz todos estos hallazgos y, aunque se hayan producido de forma independiente y con fines específicos dentro de sus campos investigativos respectivos, abren un ámbito de reflexión diferente. En síntesis, estos estudios pueden ser agrupados en lo que se ha denominado análisis de dinámicas no lineales y de autoorganización (Delgado 2002) y tienen como una característica esencial el que, además de retar principios de la ciencia constituida, se colocan en cualidades y procesos que son tales en la interacción de diferentes formas de la existencia (física, química, biológica, por decirlo de una forma tradicional) y que, por lo tanto, se resisten a los moldes

MAYRA ESPINA PRIETO

estrictamente disciplinares del conocimiento científico, ubicándose en un espacio transversal, transdisciplinar.

Por su parte la denominación de *pensamiento complejo*, bastante conocida en las ciencias sociales, se refiere específicamente a la propuesta de Edgar Morin (1996) de transitar hacia una reforma del pensamiento, que se propone superar las maneras de producir saber que reducen el conocimiento del todo al de las partes y lo descontextualizan, asumiendo la preeminencia de una causalidad universal, avanzando hacia una forma de pensar que “trata a la vez de vincular y de distinguir-pero sin desunir” y que acepta el reto de la incertidumbre.

Otras denominaciones más difusas como enfoque de la complejidad, perspectiva de la complejidad, episteme compleja, paradigma de la complejidad, se orientan más hacia la capacidad de renovación de estos hallazgos en el terreno transdisciplinar epistemológico, en la construcción cosmovisiva.

El estudioso cubano Carlos Delgado (2002), recreando una propuesta de C. Maldonado (1999), propone la siguiente distinción:

La complejidad como ciencia propiamente dicha, las ideas científicas que tienen un carácter más concreto y específico, el estudio de la dinámica no lineal en diversos sistemas concretos.

La complejidad como método, las construcciones metodológicas a partir de estos desarrollos científicos, la propuesta de un método de pensamiento que supere las dicotomías de los enfoques disciplinarios del saber y que consiste básicamente en el aprendizaje del pensamiento relacional¹

La complejidad como cosmovisión, las elaboraciones acerca del mundo en su conjunto y el proceso de la cognición humana en general, la elaboración de una nueva mirada al mundo y al conocimiento que supere el reduccionismo a partir de las consideraciones holistas emergentes del pensamiento sistémico.

La tercera distinción, la complejidad como cosmovisión, está aludiendo al hecho de que ha quedado configurado un período de parteaguas en las formas de conocer. entre un ideal de simplicidad como instrumental legítimo y deseable para conocer el universo y de apropiación-transformación de éste, que lo considera como algo acabado, ya hecho, que el sujeto debe descubrir y explicar, y otro ideal, el de la complejidad, que no reduce el universo, que acepta el reto de la multiplicidad, la diversidad, lo relacional de este y su carácter inacabado, en construcción y, por ello, de indeterminado y también construible.

Apegado a un propósito introductorio y de animar la polémica, a continuación este breve ensayo abordará algunos elementos básicos de la apropiación de la perspectiva simple en las ciencias sociales en contraste con las posibilidades de la perspectiva compleja.

2. La perspectiva de la simplicidad en las ciencias sociales

Revisando diferentes criterios de periodización de las ciencias sociales, (Alexander 1989; Kon 1979; Lander 2000, Sontag 1994; Wallerstein 1995) es posible encontrar un continuum convencional del devenir histórico de estas disciplinas, desde su surgimiento hasta hoy, que incluiría las siguientes etapas: etapa de formación: entre la primera mitad del siglo XIX y 1945; etapa de expansión y consolidación: desde la segunda posguerra a 1960; etapa de giro constructivista y precrisis: entre 1960 y 1970; etapa de crisis:

MAYRA ESPINA PRIETO

entre 1970 y 1990; etapa de reconstrucción epistemológica:
entre 1990 y la actualidad.

La identificación de estas etapas ha seguido la lógica de los procesos fundamentales que tienen lugar en lo que respecta a la delimitación de los objetos de estudio de esas disciplinas y sus posicionamientos epistemológicos.

El surgimiento de las ciencias sociales como áreas autónomas, bien delimitadas del conocimiento científico, se vincula especialmente al auge del capitalismo europeo y a la emergencia de los procesos económicos, políticos y sociales y sus contradicciones intrínsecas, como esferas claramente delimitadas y secularizadas de la vida, lo que posibilitó la conversión de estas esferas y sus diferentes dimensiones en objetos de estudio de la ciencia. Este proceso de conversión de lo social en área pertinente y necesaria para la indagación científica presupuso, entre otros elementos, concebir la sociedad como un todo con carácter de sistema, cuyo funcionamiento y desarrollo se atiene a regularidades y leyes propias que pueden ser observadas por el hombre (Kon, 1979), en oposición a una visión de lo social como relacionamiento arbitrario de elementos aislados, donde aparecen mutaciones azarosas, sin una causalidad discernible. La piedra de toque de esta conversión parece ser la sustitución de la visión cíclica del cambio por la del progreso, entendido como ley, concepción que abrió la modernidad europea y que supone que el devenir social sigue un camino con legalidad propia, discernible a través del instrumental científico. Saint-Simón anotó que la ley del progreso social es a las ciencias sociales lo que la ley de la gravedad es a las naturales. Comte elaboró en detalle ese carácter de ley del progreso social, argumentando su inevitabilidad y naturalidad.

Convertirse en ciencias –esto es, validarse como conocimiento que descubre leyes y patrones de

COMPLEJIDAD Y PENSAMIENTO SOCIAL

comportamiento en los fenómenos que estudia y con capacidad para describirlos, explicarlos, medirlos, cuantificarlos, predecirlos y manipularlos– en oposición a la reflexión meramente especulativa, ajena a operaciones de verificabilidad y contrastación empírica, exigió al pensamiento social (no parece que hubiera otra posibilidad expedita) asumir el modelo vigente en las ciencias naturales y exactas, que desde la modernidad habían alcanzado ya ese estatuto de conocimiento superior, lo que condujo a adoptar la lógica y la racionalidad clásicas y el ideal de simplicidad que estas ciencias habían construido bajo la impronta del paradigma de cientificidad newtoniano-cartesiano.

El llamado ideal de simplicidad, muy apretadamente, puede ser descrito como un estilo de conocimiento que enfatiza en operaciones de reducción como forma de aprehender el todo, de explicarlo y manipularlo, y se sustenta en varios supuestos básicos : consideración del universo como totalidad única acabada y omnicomprendida; la totalidad como conjunto que puede ser descompuesto en unidades –partes y recompuesto a través de la sumatoria de estas; la diversidad como combinación de unidades-partes; existencia de un encadenamiento universal a través de relaciones causales lineales, donde los efectos son proporcionales a las causas y se constituyen en invariantes explicativas (a iguales causas corresponden los mismos efectos y viceversa): expresión de la causalidad a través de estructuras que enlazan las partes y que se constituyen como armazones fijas, relativamente rígidas, invariables y resistentes al cambio, con alto grado de persistencia en el tiempo y que aseguran la reproducción de lo social y sus diferentes ámbitos; el orden, la estabilidad y el equilibrio como condiciones indispensables para la reproducción normal de las entidades sociales; la complejidad como accidente indeseable de la realidad, como dificultad que es necesario y posible controlar y, como correlato, lo simple como cualidad deseable; carácter subalterno y no esencial del azar y lo indeterminado; la historia como cambio progresivo universal que marca una ruta ascensional que es posible

MAYRA ESPINA PRIETO

recorrer por todas las culturas o pueblos; determinación estructural de los cambios; predictibilidad; relación de oposición entre orden y cambio; separación radical entre sujeto y objeto, entre subjetividad y mundo externo al sujeto.

A este ideal corresponde una noción de método como camino que antecede a la investigación y que se concreta en diseños predefinidos, cerrados, que son la garantía de encontrar la verdad.

Sin adentrarnos en las raíces filosóficas de este ideal, baste decir que su configuración resultó de atribuir al mundo real, como cualidades universales, restricciones que dimanaban de los límites humanos para observar, apropiarse y significar la realidad que le es externa: “Es obvio que por las limitaciones de nuestras propias capacidades de percibir el mundo se produce la primera reducción de la realidad que tiene consecuencias sobre nuestro pensamiento (...) ordenamos el mundo real de una manera reduccionista, lo simplificamos sin querer hacerlo” (Trputec 2002) y tomamos esa simplificación como lo que realmente es, como un descubrimiento, habría que añadir.

Haciendo suyos estos supuestos, las ciencias sociales realizaron varias operaciones de simplificación para delimitar sus objetos y potenciar su poder explicativo y manipulador, garantizando con ello su condición de “ciencia normal”, (Kuhn 1992). Estas operaciones son las de fragmentación o atomización, binarización, disyunción y objetivación.

La fragmentación o atomización es un proceso fundacional de estas disciplinas, que perdura hasta hoy, y que consiste en delimitar el objeto de estudio y profundizar sucesivamente en su manejo a través de separaciones, de delimitar partes del todo.

El informe de la Comisión Gulbenkian, en una interesante síntesis crítica de la historia de las disciplinas sociales, identifica el hilo lógico de estas separaciones: la primera separación es la que se produce entre las ciencias naturales, las sociales y las humanidades, que desde le inicio quedan perfiladas como extremos nomotético e ideográfico, respectivamente, del continuum del conocimiento que el ser humano es capaz de producir. El siguiente conjunto de separaciones iniciales es el que se verifica al interior del propio pensamiento social para distinguir entre el estudio del mundo moderno civilizado (donde se ubican la historia, la sociología, las ciencias políticas y la economía) y las sociedades tradicionales (la antropología y los estudios orientales y de sociedades “exóticas”); entre pasado (la historia) y presente (la sociología, la economía y las ciencias políticas); entre objetos de estudio: el mercado (para la economía); el estado (para las ciencias políticas) y la sociedad civil (para la sociología); entre disciplinas nomotéticas, de fuerte carácter aplicado y con criterios de veracidad cercanos a los de las ciencias naturales (sociología, economía, ciencias políticas) y las de carácter ideográfico, orientadas a lo singular, lo individual, lo irrepetible (la historia). (Wallerstein 1995).

Lo que interesa es llamar la atención sobre el hecho de que las disciplinas sociales desde su fundación como áreas autónomas de producción de conocimiento asumieron una lógica de particiones sucesivas, como vía de profundización y de manejo y control posible de los fenómenos que estudiaban, sentando el precedente de la especialización y la fragmentación como fórmula casi única de hacer “ciencia verdadera”.

Edgar Morin comenta este proceso atomizador: “Hasta mediados del siglo XX la mayoría de las ciencias tenían como modo de conocimiento la especialización y la abstracción, es decir, la reducción del conocimiento de un todo al conocimiento de las partes que lo componen (como si

MAYRA ESPINA PRIETO

la organización de un todo no produjera cualidades nuevas en relación con las partes consideradas por separado)” (Morin, E.1996).

La fórmula fragmentadora transcurre entrelazada y reforzada con la lógica de binarización, dicotomización y disyunción: tomar la realidad definida por la oposición en pares antagónicos, a cuya relación se asocia la causalidad esencial del devenir social. Entre las dicotomías clásicas se sitúan estructura-acción, objeto-sujeto, sociedad-individuo, macro-micro, existencia-conciencia, cambio-estabilidad, cuerpo-mente, sociedad-naturaleza, normal-patológico o desviado, cuantitativo-cualitativo. Colocar el énfasis en la explicación de las causas últimas del funcionamiento, reproducción y cambio de los sistemas sociales, en una u otra parte de los pares, ha sido la base de la distinción entre paradigmas o matrices teóricas en las disciplinas sociales.

Obviamente, la separación sujeto-objeto atraviesa el resto de las dicotomías, y el partido que se tome por la preeminencia de uno u otro término del par marca la concepción de realidad que se tiene y las formas de conocerla.

En relación con lo anterior, la operación de objetivación supone concebir una realidad-objeto separada del sujeto que la conoce y sin interinfluencias, o suponiendo que estas pueden ser controladas, aisladas y minimizadas, y es la piedra de toque de la científicidad clásica: se puede conocer, se puede medir, cuantificar, diagnosticar, experimentar, pronosticar, precisamente porque hay un sujeto que puede hacer esas operaciones claves para la ciencia desde fuera de lo que observa, sin alterarlo ni alterarse él mismo en ese acto. Esta operación de objetivación, también llamada epistemología social objetivante, tiene como una arista principal la consideración de la realidad social como organizada a través de estructuras sociales objetivas de

diferente naturaleza a las que puede atribuirse las determinaciones de última instancia de dicha realidad y que “veía en el develamiento de los condicionantes objetivo-sociales todo el sentido de la indagación social” (Sotolongo, 2002)

La entrada en una segunda etapa, la de expansión de las ciencias sociales, se asocia a la relevancia que lo social y la atención al desarrollo de los países mas atrasados adquirieron en las relaciones internacionales, tras la segunda guerra mundial, por el reconocimiento político de lo siglo como esfera potencialmente generadora de conflictos, lo que consolida una conciencia de necesidad de ciencias sociales aplicadas. Aquí la operación de fragmentación del todo continúa por dos vías: con la aparición de subdisciplinas y especializaciones al interior de las disciplinas establecidas y por los estudios de áreas (estudios africanistas, latinoamericanistas, etc.).

Se profundiza en el criterio de legitimidad científica del conocimiento social que se fundamenta en su cercanía al concepto de verdad semejante al de las ciencias exactas y naturales (“duras”). Por ello el objetivismo, la cuantificación, el manejo experimental o “cuasi” experimental de los objetos sociales, la verificabilidad estadística, la estandarización y la identificación de leyes-tendencias y modelos causales explicativos como propósito fundamental de las ciencias sociales, se consolidan como sus rasgos hegemónicos.

En esta lógica, la separación-especialización en campos, áreas y subdisciplinas es una necesidad para la aprehensión de los objetos sociales. La totalidad no puede ser integralmente descrita, experimentada o “verificada” estadísticamente. Descomponiéndola en sus partes esto es posible. Se insistía así en la especialización como método, en el acceso al todo a través de las partes, tomadas estas

MAYRA ESPINA PRIETO

enfaticando el momento de su independencia relativa, sobre el de la articulación.

La década de los '60 marca un momento muy especial en la producción de críticas a la racionalidad clásica y al ideal de simplificación. En esta tercera etapa, dentro de las ciencias sociales se produce un desplazamiento hacia un pensamiento crítico de las generalizaciones universalistas de los determinismos estructurales, que despojaban al sujeto de sus posibilidades transformativas, de las mediciones estadísticas homogenizadoras que buscaban el "standard", lo promedio, e invisibilizaban las diferencias y particularismos grupales, culturales, étnicos, o los convertían en anomalías y desviaciones, y que ocultaban un hegemonismo que imponía un tipo de conocimiento, una interpretación de lo social y un modelo único de desarrollo, como forma de perpetuar relaciones de poder. Los aportes a este posicionamiento crítico vienen fundamentalmente de la teoría feminista, de los estudios culturales y de la teoría de los movimientos sociales, entre otras fuentes, cuyos objetos (sujetos) de estudio formaban parte comúnmente de lo diferente, de aquello que no puede ser comprendido a través de un patrón preestablecido, de lo que está fuera de la norma y es inferior, cuyos comportamientos se acercan más a la "desviación".

Esta es la etapa de emergencia de la vida cotidiana como ámbito de estudio; del énfasis en la diversidad y la diferencia como fin privilegiado de la comprensión de lo social; de la refundación del sujeto en su condición de agencia, de actor social, de los significados y la intersubjetividad, del discurso, como elementos básicos de los procesos sociales y el devenir histórico. En el plano metodológico todo ello se reflejó en el desarrollo de la perspectiva metodológica cualitativa, en tanto opción más viable para atrapar lo simbólico, lo cotidiano, lo peculiar.

El “giro constructivista”, llama Lamo de Espinosa a esta etapa (2001), y lo caracteriza como “la inauguración de nuevas corrientes (teoría del intercambio, etnometodología, fenomenología, interaccionismo simbólico) que colocan de nuevo al actor en el centro del análisis y a la cultura y la construcción social de la realidad (constructivismo) como procesos determinantes”.

No se trata de que de pronto quedara clausurada la vertiente simplificadora objetivista universalista lineal que, de hecho, sigue vigente hasta hoy, sino que cada vez se expande con mayor fuerza esa otra corriente que la niega y cuya expansión tiene como efecto sobre la investigación concreta el rescate y la multiplicación de las metodologías cualitativas, el abandono de diseños cerrados y deterministas, la búsqueda de los significados, la visibilidad de los actores anteriormente preteridos (las mujeres, las minorías discriminadas por motivos raciales u otros, las culturas subalternas, los diferentes inferiorizados todos), la concentración en lo local, el énfasis en la irrepetibilidad, la negación de las causalidades lineales produciéndose la coexistencia conflictiva y la mezcla ecléctica de los rumbos objetivistas y de significados, de explicación y de comprensión, cuantitativista y cualitativista, determinista y acausal,

Sin dudas, estos cambios epistemológicos y metodológicos representaron avances considerables en una visión más abarcadora de lo social y en el debilitamiento del enfoque binario disyuntivo, pero de hecho, las nuevas propuestas no produjeron una salida integradora, sino que, presentándose como alternativas opuestas a las perspectivas precedentes, significaron un desplazamiento progresivo hacia estudios micro y locales, el énfasis en los particularismos, la acentuación de la fragmentación y atomización del conocimiento y del estudio de partes o subsistemas desgajados del todo y, en fin, la pérdida de la noción de la totalidad, la deslegitimación de la búsqueda de universales y

MAYRA ESPINA PRIETO

la entronización de un relativismo cultural, localista y de actores focales, que deja fuera la preocupación por fines globales del conocimiento social.

Quedan planteados los prolegómenos de la crisis teórica de las disciplinas sociales: el paradigma de cientificidad newtoniano-cartesiano que las alentó perdió fortaleza y los nuevos enfoques conducen más bien hacia un ateoricismo y a una negación de lo que el pensamiento postmoderno llamaría los “grandes relatos”, las explicaciones universalistas. Desde esta nueva perspectiva solo queda espacio para narrar lo cotidiano-local, para comprender a los actores como productores de significados, que dan sentido a sus acciones.

Aunque también formando parte de este giro constructivista, por la centralidad que se otorga a la subjetividad constructora de realidad, hay en esta etapa un movimiento más cercano a la integración y la síntesis paradigmática (Ritzer 1993), que al desmantelamiento de todo lo anterior, centrado en la relación externalidad-internalidad, donde la disyunción antinómica es sustituida por la interacción. Tal es el caso de Guiddens (1998) y de Bourdieu (1986), en cuyas propuestas las estructuras y los condicionamientos externos, son aceptadas en su existencia, pero son vistas, más que como determinantes fijos como constricción que limita el repertorio de acciones que tienen ante sí los actores, pero que a la vez son producidas e internalizadas por estos (significadas) y pueden ser alteradas por la acción.

Entre los ‘70 y los ‘90 se hacen perfectamente visibles y especialmente fuertes las causas de esa crisis de fundamento que ya se había prefigurado en la etapa anterior. entre ellas la complejización creciente de las sociedades por la multiplicación de los actores sociales que entran en relación y de los ámbitos de esa relación a escala macro (planetaria), mezo (regional-nacional) y micro (territorial-local-

COMPLEJIDAD Y PENSAMIENTO SOCIAL

comunitario-familiar) y por los fuertes procesos de multiculturalidad e hibridación asociados a la globalización de las relaciones socioeconómicas; la simultaneidad de tendencias globalizadoras y localizadoras, de integración y exclusión de dimensión múltiple (mundial, regional, nacional, local); la capacidad autodestructiva acumulada por la tecnología, que la convierte en una amenaza ecológica y niega su identificación como eje central del desarrollo y el progreso; las contradicciones del socialismo real y la desaparición de la comunidad socialista europea, lo que genera una pérdida de credibilidad en la posibilidad de un pensamiento y prácticas alternativas a la visión hegemónica con potencialidad social emancipatoria y transformadora.

Ante estas realidades ninguna gran teoría se consideraba con la capacidad explicativa para dar cuenta de los nuevos procesos porque, a pesar de sus diferencias filosóficas, ideológicas y metodológicas, de una manera u otra todas fueron deudoras de la visión de la historia como progreso lineal, de los reduccionismos explicativos (centrados en uno de los polos de las antinomias) y de la confianza en el avance tecnológico como motor del progreso, del legado de las certezas de la modernidad.

Las propuestas de los pensadores de la postmodernidad constituyen una respuesta radical a estas debilidades de la ciencia social clásica. Sin detenernos en las diferencias argumentales entre los autores, puede decirse que el pensamiento posmoderno se caracterizaría por el rechazo a las grandes narrativas (consideran que los paradigmas clásicos no son más que eso: un cuento contado desde una posición, uno no es más válido que el otro, son narraciones equivalentes); la no aceptación de una instancia totalizadora y la activación de las diferencias; preferencia por las narrativas localizadas y de pequeña escala; la ausencia de fronteras disciplinares. Desde esta óptica, las ciencias sociales deberían ser sustituidas por constructos retóricos que narran la vida y la significan, sin que sea necesario ir más allá .y toda su

MAYRA ESPINA PRIETO

utilidad residiría en mostrar la diversidad y no aceptar la imposición de una visión única totalizadora del mundo y no tendría sentido hablar de caminos para la superación de la crisis.

Pero existe un posicionamiento mas alentador, que considera que lo que está en crisis no es la posibilidad de construir conocimiento sobre lo social, sino una forma específica de construir ese conocimiento, la que se sustenta en el ideal de simplicidad y sigue un modelo disciplinar. La crisis estaría marcando los límites de alcance y funcionalidad de la perspectiva de la simplicidad y no superarla supondría que las ciencias sociales quedarían confinadas a una intelección reducida del mundo social, imposibilitada de rebasar relaciones mecánicas y causalidades cerradas, que de ninguna manera agotan las dinámicas relacionales multidimensionales del universo real y de las formas en que es posible pensarlo. La referencia siguiente sintetiza excelentemente la crítica a la perspectiva simplificadora:“(...) la ciencia normal en economía, sociología y otras disciplinas sociales obstaculiza, entre otros, el pensamiento dinámico (por su insistencia en equilibrios estáticos), sistémico (por su enfoque mecanicista), dialógico (por su insistencia en la lógica formal aristotélica), en forma de redes (por su individualismo metodológico) y multicriterial (insistiendo en la aplicación del principio de conmensurabilidad) (Trputec, 2002)

Para los que comparten esta visión, las ciencias sociales se encuentran en una nueva etapa: de tránsito del pensamiento simple al pensamiento complejo (Morin, 1996); de conflicto de viejos y nuevos paradigmas (Elizalde, 1993); en una encrucijada intelectual (Wallerstein, 1997); de potenciación histórica del paradigma cognitivo-conductual del ciudadano raso (Salazar, 1996); de post-crisis y revolución en las ciencias sociales (Iñiguez., L., 1995); de paso a la investigación social de segundo orden (Ibáñez, 1990); ciencias sociales postnormales (Trputec, 2002). Lo

importante no es la denominación, sino el hecho de que estos posicionamientos coinciden en que esa nueva etapa tiene como contenido central una reconstrucción en el plano epistemológico transdisciplinar, que intenta recuperar una visión compleja de lo social.

Dentro de la filosofía hay un consenso bastante extendido de que se está produciendo una “revolución del saber” que integra cuatro direcciones de cambio: la revolución epistemológica, la complejidad, la idea de la Bioética y el holismo ambientalista. (Delgado, 2002). “En ellas se cuestiona el ideal de racionalidad clásico y se avanza hacia la construcción de uno nuevo que reintegra lo cognoscitivo y lo valorativo en el saber. De hecho se avanza hacia un Nuevo Saber Humano.” (Delgado, 2002).

3. Hacia una perspectiva compleja.

No sería posible en un texto breve y de propósitos limitados, recorrer de forma exhaustiva los contenidos y significados novedosos de la perspectiva compleja y su recreación-apropiación en las ciencias sociales.

A manera de ilustración, examinemos ahora las posibilidades de restitución de visiones integradas y multidimensionales que estas nociones propician en tres de los ejes epistemológicos que con mayor fuerza se ven retados por el ideal de simplificación en las ciencias sociales y que son objeto preferencial de la reconstrucción de las disciplinas sociales: la relación sujeto-objeto, la relación todo-parte y la concepción del tiempo y de la historia.

4.La relación sujeto-objeto.

En el análisis de la relación sujeto-objeto es posible distinguir tres tendencias básicas: (cfr. Sotolongo, 2002):

La posición *objetivista*, en la que se establece una clara separación entre los dos polos de la relación, entre sus respectivas existencias y” en la cuál el objeto es representado (vuelto a presentar) sin que la acción del sujeto, aparentemente, incida en esa relación” y donde el papel de este se limita a “la fijación de las condiciones iniciales y "de frontera" del objeto cognitivo para su indagación o experimentación”.

La posición *subjetivista* o fenomenológica, donde la constitución de la realidad del objeto se deriva de la acción significadora del sujeto “sin, aparentemente, la incidencia del objeto”, el objeto queda limitado a un "fenómeno de conciencia, susceptible de sufrir un proceso de "constitución" como una unidad de sentido cognitivo, valorativo o praxiológico en esa conciencia del sujeto”.

La posición *hermenéutica*, donde se enfatiza lo relacional, la interacción sujeto-objeto, ambos formando parte de un todo e influyéndose mutuamente. No se reduce el papel del objeto o del sujeto, si no que se ven en una complementariedad intercambiable, dialógica, “considerando reiterativamente al sujeto ya como polo activo (agente, constituyente), ya como polo pasivo (paciente, constituido) y al objeto, a su vez, también reiterativamente ya como condicionante y constituyente, ya como condicionado y constituido”.

Como antes se señaló, la investigación social clásica o normal, la que da el carácter de verdaderas ciencias a las disciplinas sociales y las apegas a la perspectiva simplificadora, ha tenido entre sus fundamentos básicos y

fuentes de credibilidad el presupuesto de objetividad, para el cual la premisa básica del conocimiento es que existe un objeto separado del sujeto. Este postulado separa tajantemente la realidad objetiva (como dimensión externa) del sujeto que la conoce y esto es lo que sustenta la acción de conocer: la conciencia de esa separación, que permite observar, medir, clasificar, algo que está fuera del sujeto y suficientemente alejado de él para evitar cualquier interferencia al “captar”, “descubrir”, las cualidades de la realidad objetiva, encontrar las leyes propias de la realidad estudiada. “Nuestro conocimiento del mundo es una construcción valorativa que nos permite crear una representación del mundo, pero no es el mundo. Es un producto humano que tiene fuentes en la subjetividad humana que no pueden pasarse por alto. El pensamiento moderno excluyó la subjetividad y construyó una objetividad basada en la exclusión del sujeto.” (Delgado, 2002)

Aunque esta ha sido la posición hegemónica en las ciencias sociales, en tanto ha sido también hegemónica la legitimidad por cercanía a las ciencias duras, el giro constructivista de los ‘60 reta la pretensión de descubrimiento de propiedades externas de la realidad y entiende la relación sujeto-objeto desde la óptica de la acción constructora de la subjetividad. El sujeto no descubre al objeto, en todo caso lo inventa. Este giro subjetivista no supera el ideal de simplificación en la relación sujeto-objeto, en tanto no incorpora ambos polos en su interrelación, más bien realiza una operación de reducción hacia la subjetividad.

La investigación social no clásica se basa en el presupuesto de reflexividad, de inspiración hermenéutica, para el cual el objeto solo es definible en su relación con el sujeto (Ibáñez, 1991). El presupuesto de reflexividad considera que un sistema está constituido por la interferencia recíproca entre la actividad del sistema objeto y la actividad objetivadora del sujeto (Navarro, 1990).

Es posible distinguir diferentes niveles de reflexividad (Ibáñez, 1991):

nivel *óptico*: cuando se maneja un sistema material que no genera sentido. Aquí la interferencia se produce al medirlo;

nivel *lógico*: cuando se maneja un sistema formal que no genera sentido. La interferencia se produce al interpretarlo;

nivel *óptico-lógico*: cuando se manejan sistemas que conjugan ambos componentes. La interferencia se produce porque el sistema no puede aislarse del sujeto que lo maneja;

nivel *epistémico*: cuando manejamos un sistema óptico-lógico natural (un ser vivo) que produce sentido. La interferencia se produce entre la actividad objetivadora del sujeto y la actividad objetivadora limitada del objeto, entre las interpretaciones del medio operadas por el sujeto y por el objeto;

nivel *autoreflexivo*: cuando se manejan sistemas hablantes, que ejercen una actividad objetivadora o producción de sentido del mismo nivel que la del sujeto. La interferencia se produce entre las actividades objetivadoras del sujeto y el objeto, por reflexividad recíproca.

Obviamente, el nivel autoreflexivo es el terreno propio de las disciplinas sociales. Entender el conocimiento de la realidad social como construcción intersubjetiva, como ámbito de prácticas posibles, de opciones cuyos contenidos se materializan en prácticas constructoras de realidad (Zemelman 1993), no significa “subjetivismo”, negación de lo objetivo, sino reafirmación, énfasis en la intervención de los sujetos en la configuración de lo social. No aceptar hechos dados, sino posibilidades de acción.

Se trata de que el sujeto, al conocer, transforma y es transformado, concede significados, interpreta según

estructuras preestablecidas y que él produce y esta acción de “significación”, de “objetivación”, forma parte también de la realidad. Es la reafirmación de lo existente como relacional, como interactuante. Si se concibe la realidad de la relación, es porque se asume la existencia, la realidad, de lo que se relaciona, no se elimina o reduce ninguno de los dos elementos, supone, por el contrario, asumirlos en su complejidad, multidimensionalidad, interacción y diversidad.

La perspectiva semiótica europea ha elaborado una postura con relación al sujeto muy cercana a la del supuesto reflexivo. Gerard Imbert (1998) considera que ella aporta “(...) una visión del sujeto que no es ni el sujeto totalmente *manipulado* (por su inconsciente) del psicoanálisis –aunque puedan encontrarse rastros de él en el discurso– ni el sujeto objetivado del materialismo histórico (un sujeto dominado por la historia y la economía). Ni el sujeto voluntarioso del existencialismo (...), ni tampoco el sujeto lingüístico de los generativistas, engendrado por un conjunto de reglas...En todo caso un sujeto en ruptura total con el sujeto idealista pero que tiene su puesto en los procesos constitutivos de la realidad. “ (...). El sujeto de la semiótica (...) es un sujeto en permanente construcción: sujeto no acabado, cuya realización necesita de una objetivación (...)”.

Es un sujeto que forma parte del universo que conoce y, como tal, es también inacabado, determinado e indeterminado a la vez, construcción y constructor, significa y es significado por otros.

La centralidad de la subjetividad y su comprensión como productora de realidad no constituye un relativismo ético individualista, ni la negación de la contingencia externa, sino que pretende resaltar la no existencia de oposición sujeto-objeto, la relación que entre ambos términos se da en la práctica y la dimensión activa del conocimiento. Supone una noción del sujeto como sujeto en proceso permanente de autoconstrucción y de construcción de sus condiciones de

MAYRA ESPINA PRIETO

existencia a través de la práctica, de la interacción sujeto-objeto. En la perspectiva reflexivista compleja se enfatiza el momento relacional, de articulación, de coproducción conjunta de la realidad

Hay también aquí un entronque con la propuesta de Luhmann, en su nueva teoría de los sistemas, de que una teoría social no tiene un centro único desde el cual legitimar la observación. El policentrismo de la observación, del posicionamiento del observador, es condición indispensable para producir conocimiento acerca de sistemas sociales que están en proceso de diferenciación constante. No hay observadores externos, capaces de romper los límites que el propio desarrollo del objeto impone al desarrollo de la observación. (Luhmann, 1982). En esta concepción “observador y observado” forman parte del mismo sistema descrito, y lo quiera o no, el observador se reencuentra en la observación de lo que observa (Vallespín, 1993).

Para la investigación social clásica (o de primer orden), sustentada en el objetivismo, el centro del proceso de investigación es el objeto, y el sujeto debe ser objetivo en la producción de conocimiento. Para la investigación social no clásica (reflexivista compleja o de segundo orden) el sujeto es integrado en el proceso de investigación, el sistema observador forma parte de la investigación como sujeto en proceso, y es reflexivo (Ibáñez 1991). Desde esta perspectiva la investigación social es un actor, un dispositivo al interior de la sociedad, un sistema observador.

El posicionamiento reflexivista supera las disyunciones sujeto-objeto, externalidad-internalidad, entre otras, y abre un camino a lo interaccional y a lo reticular, como fuentes constitutivas de la realidad.

5.La relación todo-parte y la recuperación de la universalidad.

En el anterior recorrido por el itinerario de las ciencias sociales quedó en evidencia que si bien el rumbo disciplinar, fragmentador, objetivista, cuantificador y de especialización del saber pudo haber sido eficaz para el manejo de “objetos-parte”, dentro de un paradigma de control y manipulación externa (el dispositivo de investigación está fuera de lo que investiga y lo controla cortándolo en partes), y de un discurso de universales hegemónicos, basados en cualidades de un supuesto todo que determina a priori las cualidades de las partes, no tiene potencia para construir visiones integradoras de la diversidad. Ello condujo a la encrucijada de hacer ciencias sociales sustentadas en la construcción de universales que enuncian la totalidad por reducción-invisibilización-exclusión de lo diferente, por suma de partes estandarizadas desde un centro único de observación (que por ser único tiene puntos ciegos que ignora), o renunciar a toda pretensión de captar totalidades y universalidades, para concentrarse en la enunciación de lo diverso como particular.

A la luz de las visiones complejas, no antinómicas y reflexivas, esto se convierte en una falsa encrucijada. Wallerstein (1997 a) alerta: “Lo que podemos ver hoy con más claridad es que realmente no podemos elegir entre lo universal y lo particular, igual que no podemos elegir entre lo estructural y lo histórico. Estamos condenados a analizar todo en su contradicción, simultáneamente como una expresión de lo universal y como una representación de lo irremediabilmente particular.”

Por supuesto que no parece posible llegar a esa representación de lo social que comprende simultáneamente universalidad y particularidad, homogeneidad y diversidad,

MAYRA ESPINA PRIETO

afincados en un ideal de simplicidad, que reduce el todo a sumatoria de partes homogenizadas.

El enfoque de sistemas complejos propone una visión diferente del todo, donde su organización es más que la suma de las partes y constituye un proceso donde aparecen cualidades emergentes, surgidas específicamente de la organización del todo, con capacidad para retroactuar sobre las partes. El todo es también mucho menos que las partes, pues éstas poseen cualidades inhibidas en la formación de la totalidad, que pueden desplegarse en circunstancias que exigen un cambio en las rutinas preestablecidas en la configuración del todo (Morin, 1996). Pero, a la vez, el todo está contenido en cada parte, concentrado y particularizado, como un código que garantiza que cada una de ellas exista, se comporte y se articule con las demás como elemento de constitución de la totalidad (principio holográfico, Morin, 1996).

La cualidad de ser un sistema complejo adaptable, perfectamente aplicable a la constitución del orden social, significa que los elementos constitutivos del mismo están fuertemente asociados entre sí, formando redes (no atados por una estructura rígida de determinaciones) y tienen a la vez la capacidad potencial de actuar individualmente como agentes autónomos e influir sobre los demás, abandonando las rutinas (comportamiento tipificados en un repertorio preestablecido) para adaptarse a nuevas circunstancias.

Por su parte, la autopoiesis, idea tomada por Luhmann de las investigaciones desarrolladas por los biólogos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela, es la cualidad que tiene el sistema complejo para autoproducirse. Los sistemas autopoieticos son organizacionalmente cerrados (se construyen y reproducen a sí mismos en lugar de ser programados desde fuera) e informacionalmente abiertos

(captan y producen continuamente información) (Maturana, H. y Varela, F., 1984).

El principio dialógico entiende que un sistema complejo está integrado por el vínculo entre elementos antagónicos inseparables, centrándose en el momento relacional del antagonismo como fundamento de la existencia del sistema (Morin, 1996 b), lo que abre una oportunidad para superar la visión binaria de la realidad.

De manera que la recuperación de la totalidad desde la perspectiva compleja, pasa necesariamente por la construcción de universales a través de la diversidad y de la legitimación de la heterogeneidad, lo que se ha denominado "universalismo pluralista" (Wallerstein, 1997a). La construcción de universales pluralistas supone la unidad de lo diverso y de opuestos en interacción, no sólo como externalidad, objetividad constatable, sino principalmente como posibilidad de aprehensión de los sistemas sociales y de acción. Supone también que la capacidad transformativa de los sujetos sociales no tiene que inevitablemente circunscribirse a su cotidianidad inmediata local, sino que puede desbordarla y conectarse con la del sujeto-otro, reconociéndolo legítimo en su otredad y diferencia, y es eso lo que tienen de universal.

6.El tiempo, la historia y el futuro.

La relevancia de la temporalidad en la construcción del conocimiento social y particularmente de una noción de desarrollo, está dada fundamentalmente porque no es posible comprender con profundidad el presente, el pasado o el futuro tomándolos como puntos-momentos aislados, sin interpretarlos desde una conexión con lo histórico y desde una opción de futuro, contextualizando su existencia en relación a etapas precedentes y a sus potencialidades de

continuidad Las ciencias sociales clásicas han fundado su enfoque de la temporalidad, de la historia, del desarrollo y del futuro en la concepción newtoniana, mecanicista, del tiempo y de los universales homogenistas. A pesar de que la teoría de la relatividad y la física cuántica cuestionaron los rasgos newtonianos del tiempo: infinitud, unidimensionalidad, ilimitación, invariabilidad, carácter absoluto), las ciencias sociales tardaron en "operacionalizar" esas nociones relativistas, y las prácticas investigativas e interventivas no superan las fórmulas mecanicistas. Sintetizando aquí lo que pudiera entenderse como la noción del tiempo propia del ideal de simplificación tendríamos lo siguiente (ver Ibáñez, 1993; Lander, 2000; Moreno, 2000; Zimerman, 1970):

Tiempo: conjunto de instantes coordinables con un conjunto de puntos de una línea recta; carácter lineal-secuencial; único y universal; dato objetivo, externo.

Historia: única (todas las historias pueden coordinarse en la línea única del tiempo); proceso secuencial; universal; evolutiva; línea de progreso continuo, progresión lineal, de curso inevitable; natural. El pasado como prueba de causalidad necesaria y suficiente, como rumbo que no podía haber sido de otra manera.

Futuro: expectativas de desenvolvimiento evolutivo hacia lo prefijado en lo preexistente, sustentado el determinismo causal lineal; énfasis en lo inercial, lo tendencial, lo históricamente determinado y teóricamente verosímil; potencialidades ya inscritas.

Pero la concepción "progresivista" del tiempo no es mas que la imposición de una interpretación de la historia y de la visión de futuro y del desarrollo, contenida en la modernidad europea y en el modelo capitalista norteamericano, que en la actualidad toma la forma de naturalización de la sociedad liberal como único destino universal posible.

Con esta operación epistémica, lo otro, lo diferente, está en el pasado y no tiene posibilidades de futuro, no tiene

opciones propias de desarrollo, para desarrollarse tiene necesariamente que anularse, que asimilarse a una modernización contenida en la historia ajena.

Desde finales del siglo XIX América Latina comienza a producir una reflexión crítica sobre la versión europea de la modernidad, configurando una “resistencia intelectual”, como la llama Aníbal Quijano, que se consolidó en el período que comienza con la segunda posguerra, de la mano de la problematización del desarrollo y el subdesarrollo (Quijano, 2000).

En esta línea Quijano apunta: “(...) el mito fundacional de la versión eurocéntrica de la modernidad es la idea del estado de naturaleza como punto de partida del curso civilizatorio cuya culminación es la civilización europea u occidental. De ese mito se origina la empíricamente eurocéntrica perspectiva evolucionista, de movimiento y de cambio unilineal y unidireccional de la historia humana” (Quijano, 2000).

Siguiendo esta postura crítica Edgardo Lander explica: “Este metarrelato de la modernidad es un dispositivo de conocimiento colonial e imperial en que se articula esa totalidad de pueblos, tiempo y espacio como parte de la organización colonial/imperial del mundo. (...). Las otras formas de ser, las otras formas de organización de la sociedad, las otras formas de saber, son transformadas no solo en diferentes, sino en carentes, en arcaicas, primitivas, tradicionales, premodernas. Son ubicadas en un momento anterior del desarrollo histórico de la humanidad, lo cual dentro del imaginario del progreso enfatiza su inferioridad” (Lander, 2000).

Desde el pensamiento social, la concepción compleja del tiempo permite cuestionar esa escala única de progreso y el

MAYRA ESPINA PRIETO

enfoque de las diferencias en una relación de inferioridad/superioridad, colocando sus énfasis en un sujeto histórico en formación, con capacidad innovativa emancipatoria, al entender que los sistemas sociales lingüísticos “tienen muchos futuros porque son autopoieticos, los construyen transformando el ruido en información. Son capaces de aprender.” (Ibáñez, 1994).

Para la ciencia clásica una condición inherente a los sistemas –para existir organizados como tales y reproducirse– es el equilibrio, y ello constituye también una especie de estado deseable, generador de orden y estabilidad. En el equilibrio, o cerca de él, es posible identificar patrones de comportamiento que constituyen un criterio de evolución del sistema de que se trate, lo que permite prever el punto final a alcanzar. Es posible visualizar un atractor, un punto, una posición preestablecida hacia la que se dirige el sistema, “(...) una región del espacio de fases hacia la que convergen, con el paso del tiempo, todas las trayectorias” (López Pettit, 1993)

La perspectiva compleja observa sistemas que son tales lejos del equilibrio donde no existe un principio único, un estado atractor preestablecido, “es el mundo de las fluctuaciones, del azar y las bifurcaciones, de los tiempos múltiples” (López Pettit, 1993). Un sistema abierto combina orden por equilibrio y orden producido fuera del equilibrio. De esta forma se requiere un enfoque de la causalidad que comprenda cómo se combinan azar y determinismo en la trayectoria, en la historia del sistema que cuestiona la unidireccionalidad y la determinación universal del tiempo y, con ello, la dicotomía tradición-modernidad. Todo ello da lugar a definiciones diferentes de lo temporal desde la perspectiva compleja (ver Ibáñez, 1993; Lander, 2000; Moreno, 2000; Prigogine, 1992):

COMPLEJIDAD Y PENSAMIENTO SOCIAL

Tiempo: concurrencia de historias paralelas con conflictos, contactos, confusiones; múltiple y particular, construcción social; relación social; dimensión inventiva.

Historia: discontinua; proceso plural, simultáneo, contradictorio; múltiple y particular; elección; narrativa. El pasado como uno de los múltiples rumbos posibles de la historia.

Futuro: opciones múltiples donde intervienen el azar y el caos, el orden y la causalidad; invención de un orden social deseado, no necesariamente preexistente, que puede ser activado desde el presente; énfasis en la posibilidad innovativa, inventiva, autotransformativa de los sujetos; horizonte de expectativas contrapuesto al espacio de la experiencia actual.

Vale aquí aclarar que una crítica bastante extendida a la perspectiva compleja del tiempo es que inhabilitaría a las ciencias sociales para realizar su función pronosticadora, mientras que en el ideal clásico o determinista este es un problema bastante bien resuelto, puesto que en él esta función se concreta a través de la construcción de métodos y técnicas que permitan la predictibilidad por descripción de lo inercial y por anticipación de tendencias de cambio contenidas en lo teóricamente verosímil. Esto es: la identificación del futuro posible en el marco de un determinismo histórico.

Pero esta no es una crítica muy sólida. La perspectiva compleja no renuncia a la anticipación, solo que se trataría de una anticipación diferente. Hugo Zemelman (1993) apunta que "(...) no es suficiente rescatar y reconstruir tendencias, porque, (...) no es posible profundizar en la lectura de la realidad históricamente producida si no se tiene un ángulo de lectura definido por una opción del futuro; mas aún cuando el reconocimiento de lo nuevo puede cimentarse en realidades emergentes, ni siquiera potencialmente contenidas en lo dado".

MAYRA ESPINA PRIETO

En consecuencia, pronosticar, además de utilizar las herramientas que marcan una línea inercial y los atractores conocidos, como imagen de uno de los futuros posibles (aquel donde el cambio es mínimo o donde transcurre por derroteros preestablecidos), incluye también la introducción de la visión de futuros múltiples, de la posibilidad de aparición de bifurcaciones, asociadas al azar y a cualidades emergentes, rumbos nuevos, tironeados por atractores extraños, que no pueden ser establecidos desde el inicio del proceso. Pronosticar tiene aquí una fuerte carga de construcción utópica, de legítima rebeldía ante los determinismos históricos.

Aceptar como una función esencial del pensamiento social la identificación de alternativas del futuro, el diseño de opciones de desarrollo y, con ello, la construcción utópica (en el sentido de modelo social, guía hacia lo deseable que hoy no existe y que siempre es históricamente reconstruible y perfectible y, por tanto, irrealizable en su plenitud), supone aceptar también la inevitabilidad de un compromiso, de una postura ética que guía el diseño de la perspectiva deseada. Esta función utópica y el reconocimiento de las opciones de viabilidad de la utopía, cobran su verdadera dimensión en tanto permiten la “captación de los puntos desde los que se puede activar la realidad” (Zemelman, H.1993) y diseñar líneas de intervención.

7. Breves comentarios finales.

Intentando una apretadísima síntesis, riesgosa para tema tan vasto y complicado, puede decirse que el ideal de la complejidad, que permite desmantelar en el pensamiento social las operaciones de fragmentación, binarización, disyunción y objetivación, integra los siguientes supuestos o nociones generales:

COMPLEJIDAD Y PENSAMIENTO SOCIAL

Noción de universo como totalidad inacabada, en formación, donde se simultanean orden y desorden, determinación y azar, y que se organiza a través de información, en un proceso continuo de disipación y generación de incertidumbre (Morin 1996).

Noción de la complejidad como atributo irreductible, ordinario y cotidiano de la existencia natural y social, que presenta un carácter sistémico integrador. Preeminencia del holismo sobre el reduccionismo (Delgado 2002).

Noción de retroacción, mecanismo mediante el cual el efecto actúa sobre la causa, pudiendo incluso amplificarla, y que permite que un sistema adquiera funcionamiento autónomo y que invierta y cambie sus patrones o rutinas de comportamiento (Morin 1996).

Noción de autopoiesis; los sistemas autopoieticos son organizacionalmente cerrados (se construyen y producen a sí mismos en lugar de ser programados desde fuera) e informacionalmente abiertos (captan y producen continuamente información) (Luhman, 1982).

Noción de adaptabilidad de los sistemas complejos, donde los elementos constitutivos están fuertemente asociados entre sí y tienen, a la vez, capacidad potencial de actuar individualmente, como agentes autónomos del cambio, e influir sobre los demás, abandonando las rutinas (comportamientos tipificados en un repertorio preestablecido) para adaptarse a nuevas circunstancias (Luhman 1982).

Noción de sistema abierto, que combina orden por equilibrio –donde se observan patrones de comportamiento que permiten visualizar un atractor– y orden producido fuera del equilibrio- donde no existe un principio organizador y un

MAYRA ESPINA PRIETO

estado atractor únicos, inscriptos en la naturaleza del sistema (López Pettit 1993).

Noción de coevolución o de adaptación y evolución conjunta: en el proceso de autoorganización los sistemas complejos se transforman conjuntamente con su entorno “ninguno de los dos puede evolucionar en respuesta al cambio sin que produzca ajustes correspondientes en el otro” (Rosenau 1998).

Aunque la tradición de las ciencias sociales se ha empeñado, y aún hoy se empeña, en tratar el ámbito de lo social como si este se correspondiera invariablemente y debiera corresponderse (en sentido normativo-utópico, del deber ser), con sistemas cerrados y en equilibrio, presididos por determinaciones inteligibles, comprender que su comportamiento se acerca más al de los sistemas abiertos, autoorganizados, que combinan equilibrio y desorden, posibilita construir una visión más flexible de la causalidad social, de la idea de futuro y de las formas de intervención en el cambio, que necesariamente tiene que incorporar el peso del azar, la incertidumbre y la subjetividad, no como factores secundarios y subalternos, sino como elementos que adquieren carácter de determinación en el curso de los acontecimientos y el rumbo de la historia. Esta perspectiva, lejos de significar la total impotencia humana ante la contingencia, significa la potenciación de la capacidad innovadora, de rompimiento de rutinas y de activación de puntos que, desde el presente, pueden adelantarnos hacia futuros deseados.

Para terminar, es preciso hacer visibles dos aprensiones o alertas: sería un contrasentido pretender la conversión de la perspectiva de la complejidad en un nuevo paradigma, en la creencia de que su capacidad de solución a los problemas sociales es definitiva y absoluta. La pretensión paradigmática niega el sentido del ideal de complejidad, que no es más (ni

menos) que eso: un ideal, una perspectiva, un modo de situarse ante la realidad e, incluso, ante la vida propia:

“Un abordaje que haga honor a la complejidad debe ser capaz de conjugar de múltiples maneras los distintos niveles del cambio, explorar sus articulaciones, construir itinerarios según las problemáticas particulares que se presenten en cada indagación específica. Considero que la complejidad no debe ser un “imperativo” sino una elección. Una elección que abarca tanto el plano cognitivo como el ético, el estético, el práctico, el emocional. No se trata de un mero cambio de paradigmas, sino de formas de experimentar el mundo y producir sentido, de interactuar y de convivir, una transformación multidimensional en una permanente evolución.” (Najmanovich, 2002).

En segundo lugar, esta perspectiva pone en primer plano el tema de la relación entre conocimiento y valor, el tema de lo ético en la producción de conocimiento científico. En el ideal de simplificación hay una primacía de la racionalidad instrumental, la investigación social se centra en la eficacia de los medios que se organizan para lograr un fin, fin generalmente definido y encargado por otro, que tiene una posición de poder-económico, político, social que le permite hacer tal encargo y que es, por lo tanto incuestionable. Es una ciencia social que no hace preguntas sobre “la globalidad de la existencia” (Fuenmayor, R. 1994).

De la mano de esta crítica vuelve a fortalecerse el debate sobre los ideales gnoseológicos del saber social desde la perspectiva humanista, que coloca en el centro de atención al ser humano y su bienestar y los valores de los cuales dependen una convivencia solidaria y la propia existencia de la humanidad, en contraposición al modelo tecnocratizante, más cercano al de “ciencia dura” que al de reflexión humanista.

MAYRA ESPINA PRIETO

Sin embargo, si se asume el cuestionamiento de fines y la intervención en su diseño, como contenidos sustantivos del conocimiento social, situados en la perspectiva del "acto de conciencia frente a la realidad", nos alerta Zemelman (1993), los valores se transforman en una forma crítica de apropiarse de la realidad, que da cabida a opciones históricas innovadoras, no necesariamente incluidas en la teorización, y que tienen sus referentes en posibilidades inéditas, fuera de los límites conceptuales marcados como aceptables por la teoría dominante.

Desde esta postura los valores no son un lastre para el conocimiento social, sino su sustrato esencial, no son un pecado a disimular, sino un instrumento de construcción, el central, de la historia y la utopía.

REFERENCIAS

Alexander, J. 1989. Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multidimensional. Gedisa, Barcelona.

Bourdieu, P. 1986. Distinction. Harvard Univ Press.

Delgado, C. 2000. La filosofía del marxismo ante la revolución del saber contemporáneo. Tesis presentadas a debate en la Cátedra de Complejidad del Instituto de Filosofía de La Habana.

Hacking, I. 1995 La domesticación del azar. La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos, Editorial Gedisa, Barcelona.

Ibáñez j. 1988. "Del pensamiento lineal, al pensamiento complejo". (Entrevista) ALFOZ, No. 51.

- **1990** .Introducción. En: Suplementos Anthropos. No. 22. Ed. Anthropos, Barcelona.
- **1992**. “El papel del sujeto en la teoría. Hacia una sociología reflexiva”. (Mecanuscrito).
- **1994**. “El centro del caos”. En: Archipiélago No. 13, Barcelona.
- Imbert, G. 1998** “Por una socio-semiótica de los discursos sociales .Acercamiento figurativo al discurso político”.En: García Ferrando, M., Ibáñez, J. Y Alvira, F. (compiladores) El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación. Alianza Editorial, Madrid. (Segunda reimpresión de la segunda edición).
- Iñiguez, L. 1995** “Métodos cualitativos en Psicología Social”. En: Revista de Psicología Social Aplicada. Sociedad Valenciana de Psicología Social.
- Kon, I. 1979** “De la filosofía social a la sociología”En: Kon, I. (comp.) Historia de la sociología del siglo XIX- comienzos del XX. Ed. Progreso, Moscú.
- Kuhn, Th. 1992** La estructura de las revoluciones científicas, Fondo De Cultura Económica, Argentina.
- Lamo de Espinosa, E. 2001**. “La sociología del siglo XX”. En: REIS, No. 96, CIS, Madrid.
- Lander, E. 2000** “Ciencias Sociales: saberes coloniales y eurocéntricos” En: Lander, E. (compilador), La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, Buenos Aires, CLACSO.
- López Pettit, E. 1993**. “Las travesuras de la diferencia”. En: Archipiélago No. 13, Barcelona.
- Luhmann, N. 1982** The differentiation of society. Columbia University Press, N. York.
- Maldonado, C. 1999** Visiones sobre la complejidad, Ed. El Bosque, Santa Fe de Bogotá.
- Maturana, H y Varela, F. 1984** El árbol del conocimiento. Ed. Behncke, Santiago de Chile.
- Morin, E. 1990** Introducción al pensamiento complejo. Ed. Gedisa, Barcelona.
- **1996 a** “Por una reforma del pensamiento”. En: Correo de la UNESCO, Febrero.
- **1996 b** El paradigma perdido. Ensayo de bioantropología, Kairós, Barcelona.

Najmanovich, D.. 2002 “La complejidad: De los paradigmas a las figuras del pensar” Ponencia presentada al Seminario Internacional Complejidad 2002, La Habana.

Navarro, P. 1990 “Tipos de sistemas reflexivos”. En: Suplementos Anthropos No. 22, Barcelona.

Prigogine, I. 1992 “El redescubrimiento del tiempo”. En: Archipiélago No. 10 y 11, Barcelona.

— 1997 El fin de las certidumbres, Ed. Taurus, Madrid.

Ritzer, G. 1993 Teoría sociológica. Univ. Press.

Rosenau, J. 1998. “Demasiadas cosas a la vez. La teoría de la complejidad y los asuntos mundiales”. En: Antología de Lecturas. Grupo de Trabajo Sociedad Civil y Relaciones Internacionales en el Caribe. Universidad de Puerto Rico

Sontag, H. 1994 “Las vicisitudes del desarrollo”. En: Revista Internacional de Ciencias Sociales No. 140, UNESCO.

Sontag, H. y otros 2000 “Modernidad, modernización y desarrollo”. En: Pensamiento propio, No. 11, Enero- Junio.

Sotolongo, P.L. 2002 “La incidencia en el saber social de una epistemología de la complejidad contextualizada” Materiales de la Cátedra de la Complejidad, La Habana.

Trputec, Z. 2001 Gestión y toma de decisiones. PLATS-UNAH, Tegucigalpa.

Wallerstein, I (coordinador). 1995 Abrir las Ciencias Sociales. (Informe de la Comisión Gubelkian), México, Siglo XXI.

— **1997(a)** “El occidente y los otros”. (Carta No. 6). En: Cartas del Presidente 1994-1998. Asociación Internacional de Sociología.

— **1997(b)** “Diferenciación y reconstrucción en las ciencias sociales”. (Carta No. 7). Ibid.

Zemelman, H.1993 “Conocimiento y conciencia.(Verdad y elección). En: Osorio, J. y Weinstein, L. (editores). El corazón del Arco Iris. Lecturas sobre Nuevos Paradigmas en Educación y Desarrollo. CEAAL, Santiago de Chile.
